

ESMERALDA SÁNCHEZ
PLEAMAR



Cubierta: *Padre*, 2015. Acrílico sobre tabla, 180 x 120

ESMERALDA SÁNCHEZ

PLEAMAR

TORREÓN FORTEA
7 octubre - 20 noviembre 2016

ESMERALDA EN LA PLAYA

Eva en la Delegación del Gobierno

Durante dos o tres convocatorias fui jurado del premio de pintura que organizaba la Delegación del Gobierno en Zaragoza.

Un año voté por un cuadro estupendo y desconcertante: *Eva in restauro*, algo a mitad de camino entre la *Wiener Sezession* y el pop-art. Algo postmoderno o premoderno, no se sabía muy bien. Sobre un fondo de pan de oro, Eva, muy pálida, con el pelo muy corto y los labios muy rojos, posaba desnuda de cintura para arriba. Una falda granate le cubría hasta los tobillos, mientras con una mano sostenía una manzana y con la otra, una culebra. La expresión de su cara era todo un poema.

Habría sido tan milagroso que ese cuadro hubiese obtenido el primer premio del concurso como encontrarte a la propia modelo, de esa guisa, en el siniestro edificio de la Plaza del Pilar.

Semejante cuadro sólo podía ser obra de un somarda. Abiertas las plicas, resultó que, para el tribunal, la autora era una casi desconocida: Esmeralda Sánchez. Yo la conocía porque fue alumna de mi padre, pero no sabía que pintaba así. Así de bien, quiero decir. Lo que sí sabía es que, en efecto, era, es una somarda.

La isla Esmeralda

Visito el estudio de Esmeralda, un local a pie de calle, iluminado con luz eléctrica. Esmeralda ha extendido sus cuadros contra las paredes, en una exposición improvisada, y desde el centro del local tengo la sensación de estar en una isla. Mire a donde mire, sólo veo playa y mar. Allá a lo lejos, la línea de horizonte.

Pienso que la misma sensación de encontrarse en una isla podrán tener los espectadores en Fortea.

Y la propia Esmeralda trabajando en su estudio, sin necesidad de extender los cuadros. *I am a rock, I am an island*, que cantaban Simon y Garfunkel y podría cantar cualquier pintor mientras trabaja.

Pintura con figuras y figuras de la pintura

Al contrario que la isla de Robinson o la de Simon o la de Garfunkel, esta no es una isla desierta.

En el estudio de Esmeralda estoy rodeado de figuras. Podríamos decir, pues, que lo que pinta Esmeralda ahora son marinas con figura.



Cuñadas, 2000. Acrílico sobre tablex, 66 x 18



Recuerdos, 2000. Acrílico sobre tablex, 49 x 30



Charco, 2016. Acrílico sobre lienzo, 100 x 65

—¡Como Sorolla!
 —No. Como Sorolla, no.
 —¿Como Eric Fischl?
 —Podría ser. Por los temas, sobre todo. Pero por el estilo, a mí me recuerda más a Ingres.
 —¿Lo dice por la gran bañista de Valpinçon?
 —Y por Madame Reiset, por ejemplo.
 —Pero Madame Reiset no está en la playa.
 —¿Y qué más da? El caso es que, como Ingres, Esmeralda se mueve siempre entre el clasicismo y la modernidad.

Sólo que Esmeralda se pone somarda y en lugar de pintar un retrato de Madame Reiset, como Ingres, retrata un perro abandonado que se le parece mucho. Ahí, quizás, en esa deriva socarrona, está más cerca del Velázquez que pintó a Menipo que del propio Ingres.

El perro equilibrista

Si Esmeralda hace equilibrios entre el clasicismo y la modernidad, el perro abandonado de su cuadro parece hacerlos sobre la línea continua por la que camina. O viceversa.

El recorrido de Esmeralda de lo clásico a lo moderno le exige hacer todo tipo de equilibrios. Entre lo abstracto y lo figurativo. Entre lo abstracto del fondo y lo figurativo del perro, por ejemplo. Entre la figura y el fondo. Entre esa carretera que sólo es un fondo gris cruzado por una diagonal blanca, pero que, aún así, sigue siendo una carretera, y ese perro que, lo mires por donde lo mires, sigue siendo un perro, pese a Magritte. También es una serie de pinceladas, de acuerdo, dadas con mucho brío, además, pero como la carretera abstracta sobre la que están dadas, una cosa no quita la otra. Y ahí está la gracia.

En la pintura, en la carretera, en el perro y en su sombra.

Idas y venidas

En algún sitio leí algo —quizás en un libro de Rubert de Ventós, pero no estoy muy seguro— sobre un famoso bosque japonés, de cuyo nombre no puedo acordarme. Lo curioso de aquel bosque es que siendo aparentemente igual que todos los bosques de la zona, era completamente distinto. Más artístico. Tras una serie de paseos por unos y otro, el autor llegaba a la conclusión de que lo que hacía que aquel bosque fuera tan especial, es que se habían eliminado minuciosamente todos los matorrales, hierbas y piedras que sobraban.

Me acuerdo de ese bosque que nunca he visto, intentando explicar la evolución de la pintura de Esmeralda, esa manera suya de

progresar adecuadamente, manteniendo siempre el equilibrio entre el clasicismo y la modernidad.

Como un jardinero japonés, Esmeralda va quitando, poco a poco, todo lo que cree que sobra en su pintura, haciéndola más ligera, hasta convertir el cielo en un sencillo fondo azul, que sigue siendo cielo gracias a la luz cenital que recibe la figura que se destaca sobre él y a la perfecta entonación de los tonos sienas de su carne.

Ese cielo o ese azul, que de las dos formas puede y debe decirse, es el fondo del asunto. El fondo de la pintura.

Esmeralda recorre por los fondos de sus cuadros toda la historia de la pintura occidental: desde los dorados del gótico hasta los abstractos de la modernidad, pasando por todos los paisajes que desde el renacimiento han sido.

Quizás en esta deriva hacia lo esencial, esté la razón de elegir la playa como paisaje, por ser el más minimalista que existe. También está el desierto, claro, pero quizás a Esmeralda le parezca un poco grandilocuente. Y seco.



Ana en la playa, 2016. Acrílico sobre lienzo, 41 x 33

Familiares y desconocidos

Para Esmeralda existe un vínculo afectivo con sus modelos. Sólo retrata a familiares y amigos.

Para nosotros, los espectadores que no somos de la familia, en cambio, son unos perfectos desconocidos. Lo que nos permite contemplarlos sin buscar el parecido que damos por supuesto. Aparte de que nos resulten más o menos atractivos, el no conocer a los modelos nos centra en los valores plásticos de sus retratos y nos facilita el poder apreciar, sin referentes reales, lo bien pintados que están.

Pero aquí tropezamos de nuevo con el carácter somarda de Esmeralda, pues su amplia técnica, puesta al servicio de la representación fidedigna del modelo, pretende pasar desapercibida. Esmeralda pinta sin aspavientos pero también sin ñoñerías, con una naturalidad tan pasmosa como desconcertante.

Qué figura...

Si ya resulta difícil captar los sutiles recursos pictóricos que utiliza Esmeralda, imagínense tener que explicarlos. Así que si me permiten un consejo, creo que la mejor forma de enfrentarse a su pintura es relajarse y disfrutar, con la misma naturalidad que ella pinta, de la playa y de la exposición. Estando, además, en tan buena compañía.

José Luis Cano

PLEAMAR



Nitin, 2016. Acrílico sobre lienzo,
61 x 46

Nada y acaso nadie, porque tanto su obra como su vida misma –y otro tanto sucede con la precaria e inevitable condición humana de cualquier artista, se admita o no– están fundamentalmente signadas por el sedimentario vaivén de los afectos, hubiese podido evitar la epidémica pero fluyente aparición de los retratos, género milenario cuyo carácter universal y a veces expansivo no le impide conservar esa naturaleza caudalosa e inagotable que lo mantiene siempre vivo y en renovada vigencia, si bien aquí se trata –como es obvio– no de representar, siguiendo las convenciones tradicionales, los atributos distintivos de la contingente supremacía social o el siempre inicuo dominio institucional o la obscena manifestación del poderío económico, sino de rendirse –con intensidad emocional variable y algunas veces tímido descaro, pero manteniendo siempre los interrogantes conceptuales y las más rigurosas exigencias plásticas– a las inclinaciones o incluso dependencias anímicas y sentimentales.

De manera que, más allá de los rostros los gestos las miradas inquisitivas cuanto amigables y reconcentradas en su propio sentir o imaginar que nos observan e interrogan o simplemente esperan que acabemos callando todo lo que ignoramos de la propia existencia, la pintora imagina con rotunda certeza y retrata intuitiva los afectos que siente o ha podido sentir o sentirá algún día por ese reducido universo de seres que habitan su escenario vital más inmediato, acercándose con precisión formal y profundidad expresiva a los primeros o primerísimos planos –en valientes pero arriesgados encuadres cinematográficos, porque la pintura se ha convertido hace ya mucho tiempo en una imagen más de las innumerables que asedian el imaginario cósmico– de su cuñado *Emilio*, atento en su despiste pero jamás ausente y siempre disponible aunque no se le llame; y de su amiga *Carmen* como guardiana firme cuanto benevolente de la vida que fluye y hasta de su *Juan Carlos*, consorte fidedigno cuyas requisitorias son bálsamo diario para el escepticismo; y de la perentoria e indecisa sonrisa de su sobrina *Julia*, predilecta en el juego perverso y excitante de buscar las verdades; y del amigo *Jorge*, modelo ocasional para grandes empeños y refugio seguro contra la incertidumbre; y sobre todo y siempre del atleta *Isaac*, sobrino favorito de apostura insolente y aplomo que desde su juvenil edad recortada y turgente sobre un azul marítimo que puede reafirmar –como ese pan de oro de los viejos retablos– su condición viril de arcángel laico.

Esa visión sublime y un punto trascendida del amor familiar y las debilidades amistosas se puede trasladar (y este es un caso) a territorios supuestamente opuestos y en realidad afines –todo amor verdadero es incondicional y por lo tanto ajeno al raciocinio– como es el privativo, por ejemplo, de los perros domésticos que de pronto se tornan grandes protagonista de un sorprendente repertorio de retratos individuales (superando el convencional papel de animal de compañía sólo decorativo –o, en el mejor de los casos, abstrusamente simbólico– al que les había condenado secularmente la pintura) donde además se manifiesta de manera palmaria la muy frecuente relación de difícil fidelidad beligerante mantenida con los humanos por aquellos perros cuya brava independencia de carácter es precisamente la que aquí se representa en términos formales y cromáticos –esos desinhibidos recursos gráficos y esas coloraciones fragmentarias y claramente *fauves* y esas epifanías de verdes insondables resonando sin pausa como un fondo marino suspenso en el abismo– muy poco habituales, en una clara apuesta por reivindicar la pintura, y los placeres que derivan de su práctica y su contemplación, por encima y al margen del asunto y de cualquier otra limitación o estereotipo, como bien manifiesta ese can metafísico víctima de abandono que avanza rectilíneo y al tiempo delimita u observa taciturno su sombra en el asfalto.



Nostalgia, 2016. Acrílico sobre lienzo, 100 x 65

Y todos los afectos humanos y animales –si es que no son lo mismo– se han ido trasladando inadvertidamente, a lo largo de un tiempo sin dimensión precisa, al cálido planeta de la playa –esa porción amable y rutinaria de la naturaleza domeñada– donde todos los sueños de la infancia y todos los anhelos de la desasistida adolescencia tuvieron su acomodo fugaz y resiliente, que todavía persiste como grabado a sol en la frágil memoria de los días, los mismos que contemplan desde cierta distancia –con nostalgia agri-dulce– a esos niños hermosos, delicados y crueles jugando a descubrir el mundo circundante todavía innominado en el áureo fulgor de arenas que una vez también fueron salvajes, mientras la sempiterna abuela protectora se preocupa de darles consejos y *after sun* y vigila las olas de intenciones taimadas y el sol incandescente que achicharra la piel de los recuerdos, aunque otras veces ande –si el azul se trastoca en grises vesperales– contemplando silente y solitaria, con su pichi hogareño de flores diminutas o cuadros que denotan la orgullosa humildad de una existencia luenga consagrada a velar por la progenie, la orilla desafecta de un mar enfebrecido que de pronto parece presagiar el otoño.



Bañista, 2016. Acrílico sobre tablex, 41 x 33

Donde acaso se afana sin demasiado esfuerzo ese tipo fondón del bañador a rayas y la testa nevada por la incuria del tiempo que



Neumáticos, 2016. Acrílico sobre lienzo, 100 x 33

se interna moroso en las ondas grisáceas e indistintas del piélago lacustre pero exento de orillas y de un cielo perlado por luces indecibles que parecen negar en un fugaz instante los dones del verano.

Y en esa persistencia tenaz de la grisura, que deriva otras veces a una gama infinita de azules desvaídos, húmedos y brillantes, aparece de pronto, en la playa lavada por un viento sin mácula y contra el horizonte indescifrable, la figura garbosa, elegante y eterna en su simplicidad insuperable, de un galgo solitario retratado al instante con rara sobriedad sentimental y plástica en el más misterioso concilio de afecciones.

Pero la luz regresa con fuerza inusitada y regresan las tardes de atmósfera purísima y regresan los niños a buscar el tesoro que no encontrarán nunca y regresa de nuevo y cunde sin desmayo ese grupo locuaz de vecinas de playa –y portal o escalera– que comparten risueñas experiencias domésticas e historias familiares mientras viven la vida parsimoniosamente inmersas en la luz inamovible y los colores fúlgidos –azul ultramarino y amarillo limón y rojo pasional y verde planisferio– de la eterna mañana estival y suave suspendida en un tiempo sin límites ni olvido que terminará un día del incierto futuro inesperado.

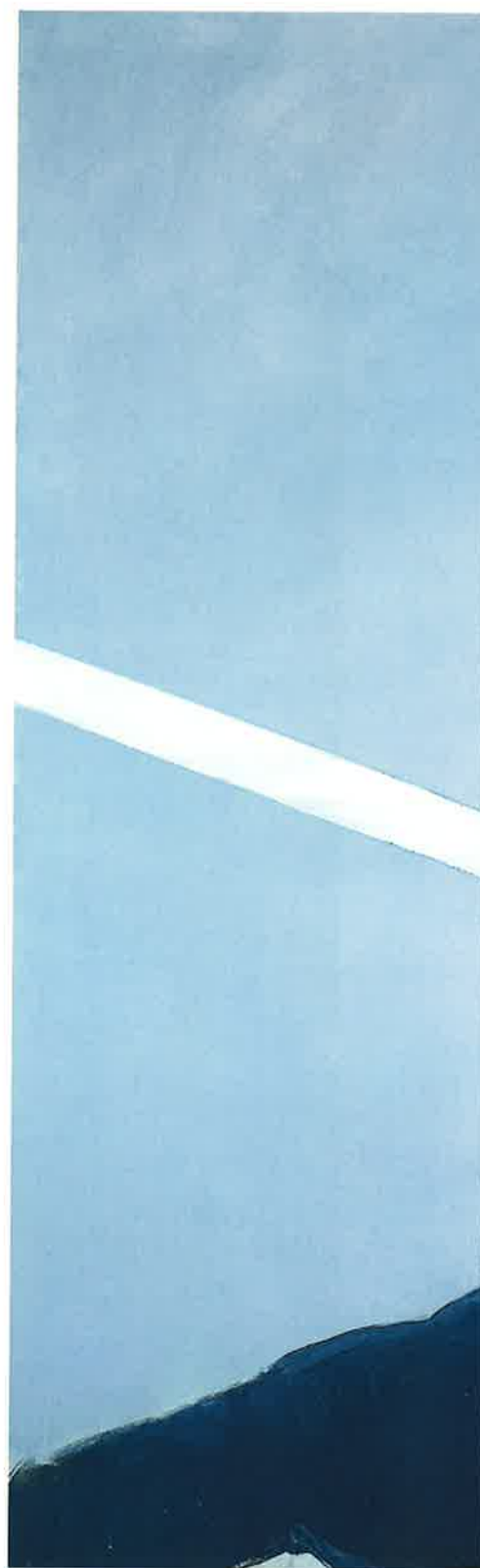
Aunque antes reaparece la figura del padre, otra vez a la orilla perenne de su playa, retratado con mimo en un perfil incierto como quien se despide pero no quiere ver los ojos del invierno que tal vez nunca llegue, casi monumental de presencia corpórea y sin embargo fiel al gesto acostumbrado y la postura laxa y el talante cercano de quien está seguro de mantener sus dudas más allá del decurso amable y familiar de ese verano eterno en la memoria donde sigue esperando, como Esmeralda Sánchez mientras pinta recuerda imagina descubre con pasión desmedida los rostros y la luz y el color del futuro, que llegue la pleamar dulce o acerba de todos los afectos.

Rafael Ordóñez Fernández

OBRAS



El perro de la casa roja, 2002. Acrílico sobre tabla, 112 x 80





Abandono, 2016. Acrílico sobre lienzo, 130 x 162. Asociación de Protección Animal *Alborada*





Cuidado, 2016. Acrílico sobre lienzo, 60 x 30





Atardecer, 2016. Acrílico sobre lienzo, 100 x 65





Isaac, 2015. Óleo y acrílico sobre lienzo, 100 x 60

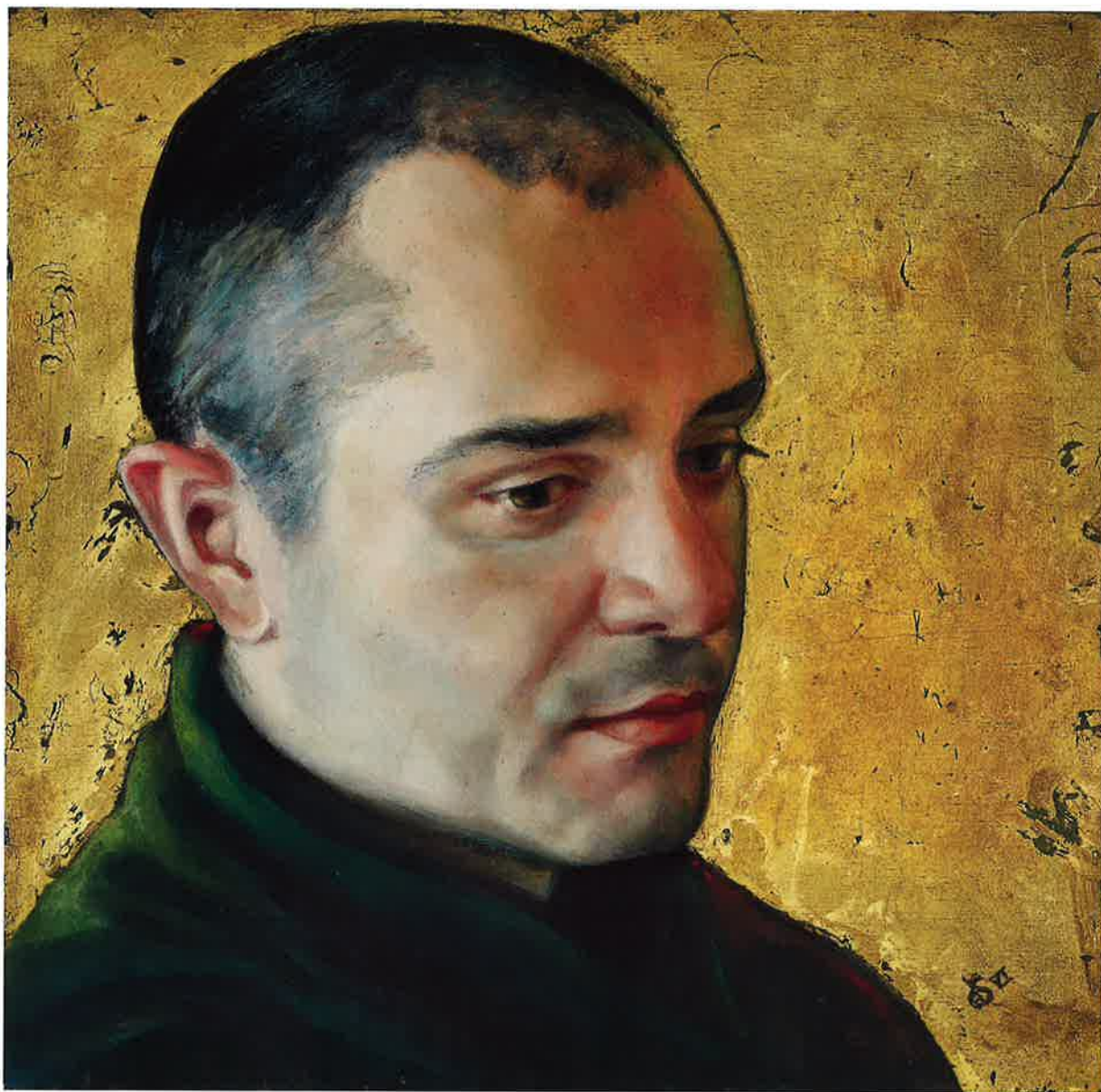


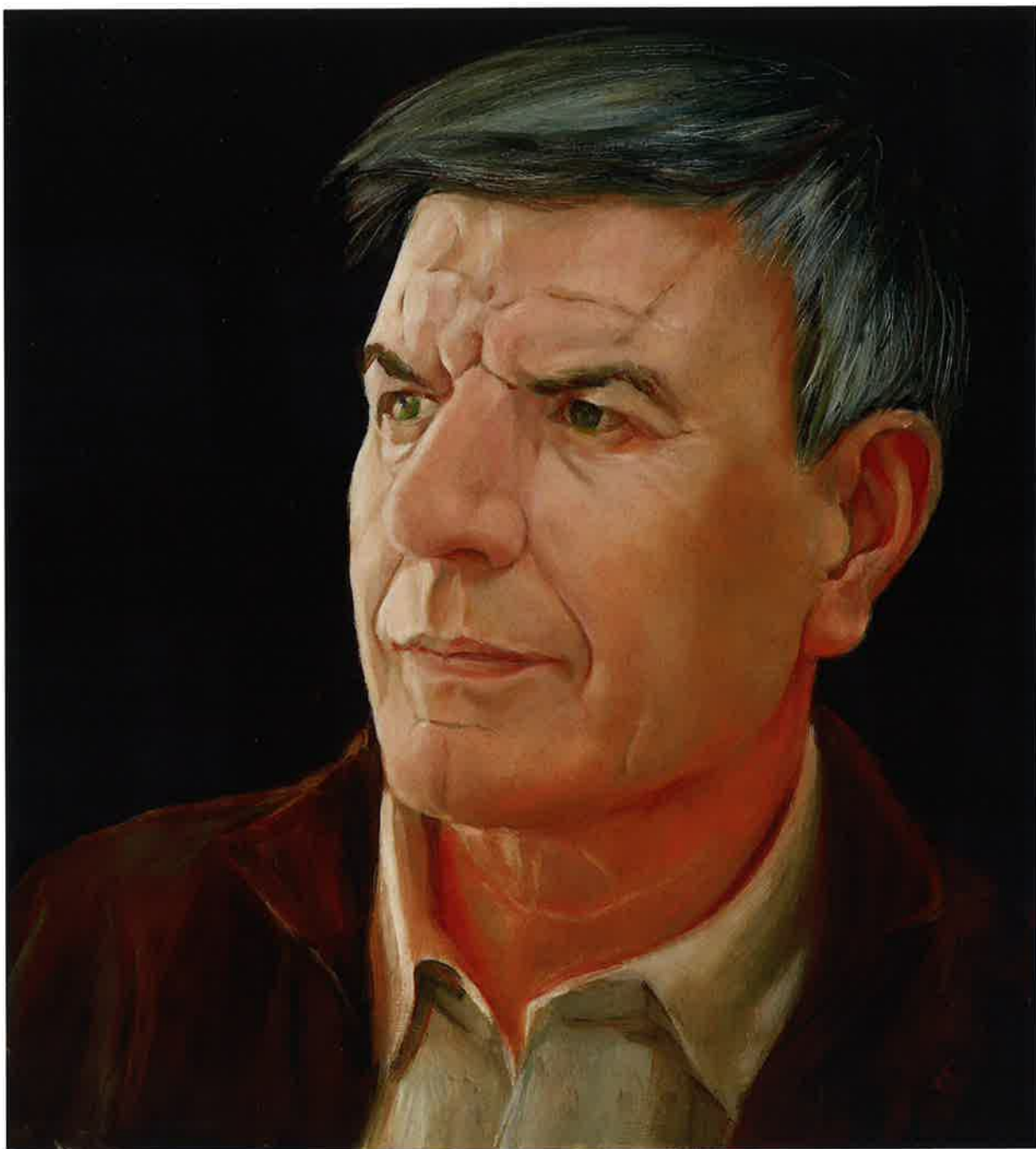
Padre, 2015. Acrílico sobre tabla, 180 x 120





Julia, 2016. Óleo sobre tabla, 58 x 42





Emilio, 2016. Óleo sobre tabla, 45 x 42

ESMERALDA SÁNCHEZ BLANCO

Zaragoza, 1960

Técnico Superior en Cerámica Artística.

Técnico Superior en Diseño Gráfico.

De 1984 a 1986, profesora de Cerámica de la Escuela de Artes de Zaragoza.

Docente en la Universidad Popular de Zaragoza.

Ilustradora de literatura infantil.

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

1986 Sala Anacoreta, Zaragoza.

1988 Sala Torre Nueva, Zaragoza.

Escuela de Artes, Zaragoza.

2016 *Pleamar*, Torreón Fortea, Zaragoza.

EXPOSICIONES COLECTIVAS

1980 Muestra de Artesanía de Vanguardia, Barcelona.
I Encuentro con el Arte de la Mujer Aragonesa, Museo Provincial, Zaragoza.

1981 *XII Certamen San Jorge de Arte. Pintura, escultura y dibujo*, La Lonja, Zaragoza.

1982 Premio Internacional de Escultura *Ángel Orensanz y Artes del Serrablo*, Sabiñánigo (Huesca).

1984 Premio Internacional de Escultura *Ángel Orensanz y Artes del Serrablo*, Sabiñánigo (Huesca).

1985 *XVII Exposición de Bellas Artes*, Real Academia de Bellas Artes, Cádiz.

1986 Premio Isabel de Portugal. *Dibujo-escultura-fotografía-pintura*, Palacio de Sástago, Zaragoza.

1987 I Premio de Escultura *Pablo Gargallo*, Museo Pablo Gargallo, Zaragoza.

1988 *Escultores en la Aljafería*, Palacio de la Aljafería, Zaragoza.

1995 *Arte y docencia. Profesores de la Escuela de Artes*, Escuela de Artes, Zaragoza.

1999 I Premio de Pintura *Ciudad de Zaragoza*, Feria General de Muestras, Zaragoza.

2000 II Premio de Pintura *Ciudad de Zaragoza*, Feria General de Muestras, Zaragoza.
Sala Municipal de Arte Joven, Zaragoza.

2001 III Premio de Pintura *Ciudad de Zaragoza*, Feria General de Muestras, Zaragoza.

2005 *IV Premio de Pintura Delegación del Gobierno en Aragón*, Museo Camón Aznar de Ibercaja, Zaragoza.

IV Premio de Pintura Delegación del Gobierno en Aragón, Sala municipal de exposiciones, Alcañiz.

2006 *IV Premio de Pintura Delegación del Gobierno en Aragón*, Huesca.

V Premio de Pintura Delegación del Gobierno en Aragón, Museo Camón Aznar de Ibercaja, Zaragoza.

2007 *VI Premio de Pintura Delegación del Gobierno en Aragón*, Sala de exposiciones Ibercaja Actur, Zaragoza.

VI Premio de Pintura Delegación del Gobierno en Aragón, Sala de la UNED, Barbastro (Huesca).

2013 *Realidades cruzadas*, Sala de la UNED, Barbastro (Huesca).

Realidades cruzadas, Sala de la UNED, Calatayud (Zaragoza).

PREMIOS

1980 Segundo premio y Primer accésit, *I Encuentro con el Arte de la Mujer Aragonesa*, Zaragoza.

1984 Premio Internacional de Escultura *Ángel Orensanz y Artes del Serrablo*, Sabiñánigo (Huesca).

2000 II Premio de Pintura *Ciudad de Zaragoza* (finalista).

2001 III Premio de Pintura *Ciudad de Zaragoza* (finalista).

2005 Premio adquisición, *IV Premio de Pintura Delegación del Gobierno en Aragón*, Zaragoza.

2006 Premio adquisición, *V Premio de Pintura Delegación del Gobierno en Aragón*, Zaragoza.

EXPOSICIÓN

Promueve y patrocina
Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Economía y Cultura

Organiza
Servicio de Cultura
Unidad de Museos y Exposiciones

Título
ESMERALDA SÁNCHEZ
PLEAMAR

Espacio
Torreón Fortea

Período
7 octubre – 20 noviembre 2016

CATÁLOGO

Edita
Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Economía y Cultura
Servicio de Cultura

Textos
José Luis Cano
Rafael Ordóñez Fernández

Fotografías
Columna Villarroya

Impresión
Signo Gráfico 6

Depósito legal
Z-1020-2016

Este catálogo
editado con motivo de la exposición
ESMERALDA SÁNCHEZ
PLEAMAR
se acabó de imprimir
en los talleres de Signo Gráfico 6
de Zaragoza
el día 15 de septiembre de 2016

